

Ricardo Vicente López

*El capitalismo
y la
felicidad humana*

Reflexiones sobre la posibilidad
de una vida humana feliz
dentro del sistema capitalista

Cuadernos de reflexión:

Dinero y felicidad

Palabras introductorias

En una primera aproximación puede parecer un planteo extraño intentar relacionar la felicidad con el sistema capitalista. La tendencia prevaleciente en estos tiempos que nos toca vivir, tiempos de lo posmoderno, es considerar la felicidad como un tema que corresponde a la intimidad de cada persona y un tema que se resuelve en las opciones correctas que cada quien decide. El sistema capitalista se mueve en la dimensión que los economistas y politólogos definen como “macro” que no considera la felicidad como un tema de análisis. En ella la atención se centra en la eficacia y eficiencia de las medidas y políticas que se implementen. Es un plano de lo impersonal en el que se van cumpliendo las leyes de la historia o del mercado.

Esta disociación entre lo que incumbe a la vida personal y el contexto sociocultural, con sus implicancias económicas, políticas, institucionales, morales, etc., sumen a las personas, los por mí señalados como *los ciudadanos de a pie*, en un profundo escepticismo ante los fracasos de lograr una vida plena, satisfactoria, feliz. La imposibilidad o el fracaso de obtener esos resultados deseados son atribuidos, entonces, a las incapacidades de ese ciudadano, a su ignorancia o falta de las habilidades necesarias, lo cual lo arroja impiadosamente a padecer esos infortunios.

Las páginas siguientes tratarán de desarrollar esos temas, y relacionarlos entre sí, en una propuesta para desplegar una mirada más abarcadora que nos permita comprender las circunstancias generales de la vida colectiva que condicionan las vidas particulares. De este modo, una mejor comprensión de los elementos y relaciones entre los factores de muy variado tipo, involucrados en nuestras vidas, aspira a ampliar el panorama de análisis. Provisto de ese plus de instrumentos racionales, para una mejor definición de las opciones privadas, se podrá mejorar las elecciones dentro del marco colectivo de lo sociopolítico.

El cuadro general y la historia

Una larga tradición de más de dos siglos ha instalado el debate sobre el capitalismo en el terreno técnico-económico. Equivale a decir: en el análisis crítico de los diversos mecanismos mediante los cuales opera en el seno de la sociedad occidental moderna. Todo ello debe ahora pensarse planetariamente, a partir de la imposición del proyecto de expansión mundial, como consecuencia de la política cultural del neoliberalismo que implementó la globalización de los ochenta-noventa.

Esta reflexión me condujo a un intento de reubicar el escenario de este debate, a colocarlo en un plano intersubjetivo. Detengámonos en el significado de este vocablo.

El Diccionario de la Lengua nos informa: «Intersubjetividad: Lo que sucede en la comunicación intelectual o afectiva entre dos o más sujetos». Nos encontramos en un plano que sobresale de la *subjetividad individual* para llevarnos a enfocar este fenómeno al que, con alguna osadía, también podríamos pensar como lo espiritual. Proponernos esta perspectiva nos facilita superar la tradición *liberal individualista* que encierra en el estrecho marco de la intimidad un amplio abanico de fenómenos. Esto se origina por el desconocimiento de que la persona humana es también, y primariamente, resultado de una relación social que comienza por la correspondencia madre-bebé.

La ampliación del marco conceptual nos abre un horizonte más amplio, más rico y fecundo, desde el que pensar cuáles habrán sido las motivaciones básicas, originarias, por las cuales los hombres han intentado históricamente definir formas institucionales que garanticen el logro de la mayor satisfacción que la vida en

comunidad podía brindar. Desde hace más de dos milenios, el pensamiento de los filósofos rondó esta problemática. *Wikipedia* comenta:

Aristóteles sostiene que todos los hombres están de acuerdo en llamar felicidad a la unidad presupuesta de los fines humanos, el *bien supremo*, el *fin último*, pero que es difícil definirla y describirla. De ahí debe entenderse la divergencia de opiniones respecto a cómo pensar la felicidad: placer para algunos, honores para otros, contemplación (conocimiento intelectual) para otros más. Aristóteles rechaza que la riqueza pueda ser la felicidad, pues es un medio para conseguir placeres o bien para conseguir honores, pero reconoce que existen personas que convierten las riquezas en su centro de atención.

Volvamos al Diccionario para ver de qué hablamos: «Felicidad: Estado del ánimo que se complace en la posesión de un bien. Satisfacción, gusto, contento». Debo decir que me parece una definición bastante pobre, con cierto gusto a mercado de consumo. En cambio, *Wikipedia* abre el cuadro de significaciones:

La felicidad (del latín *felicitas*, a su vez de *felix*, "fértil", "fecundo") es un estado emocional que se produce en la persona cuando cree haber alcanzado una meta deseada. Tal estado propicia *paz interior*, un *enfoque positivo del medio*, al mismo tiempo que *estimula a conquistar nuevas metas*. Se define como una *condición interna de satisfacción y alegría que ayuda a muchas personas*.

En la tradición griega puede detectarse una divergencia en el abordaje filosófico entre Aristóteles¹ (384-322 a. C.) y Epicuro² (341-270 a. C.), que se presenta aun hoy con sorprendentes resonancias en nuestra cultura. Para el primero, *ser feliz es ser humano en el sentido más pleno de la palabra*. El centro de las aspiraciones del hombre está dominado por ese logro; por el contrario, para el segundo, la motivación fundamental que impulsa a los humanos es también la felicidad pero entendida como la *obtención del placer*.

Las ideas de la posmodernidad

En un trabajo titulado *La subjetividad posmoderna y el buen vivir* (puede consultarse en la página http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2), propuse un análisis respecto de este tema que ronda las conversaciones cotidianas: *la felicidad humana y su posibilidad*. Su tratamiento propuso, de un modo algo más sistemático que el planteado habitualmente del *ciudadano de a pie*, la intención de levantar, en alguna medida, la puntería hacia una mirada más amplia y de mayor alcance; darle una mayor profundidad y densidad para sustraerlo del modo en que se lo aborda desde la opinión pública.

En esta serie de notas, el enfoque se centra en la relación que debe establecerse entre el *sistema económico* y el logro de una *felicidad aceptable*, frente a las condiciones que hoy rigen en el mundo globalizado, como posibilitador o impedidor, para cada uno de nosotros y para la comunidad humana, en sus diversas formas de organización.

La cultura occidental moderna comenzó a anunciar subliminalmente su crisis, aunque no la hayamos comprendido en su totalidad, en el instante del mayor esplendor de la globalización neoliberal. Su culminación advertía que el *comienzo del fin* no estaba lejos. Quiero decir: en los noventa se desplegaba la maniobra de inicio de la operación de asalto victorioso último final de la conquista imperial de parte del

¹ Pensador e investigador ateniense: filósofo, lógico y científico, discípulo de Platón, cuyas ideas han ejercido una enorme influencia sobre la historia intelectual de Occidente por más de dos milenios.

² Filósofo griego, fundador de la escuela que lleva su nombre (epicureísmo). El aspecto más destacado de su doctrina es el hedonismo racional. Defendió su doctrina basada en la búsqueda del placer, la cual debería ser dirigida por la prudencia.

capital financiero, a la que podemos denominar “ahora vamos por todo”. Esta se consumió en el estallido de la *burbuja inmobiliaria* de 2007-8. Ese momento histórico, el de su triunfo, fue al mismo tiempo el inicio de su camino final. No debe interpretarse esto como la profecía de un derrumbe inmediato. La caída será lenta y, probablemente, larga; pero ya comenzó.

La percepción de ese *fin de ciclo* ha dado lugar a las más diversas interpretaciones. Una en especial, que ha merecido mucha atención mediática y ha publicado gran cantidad de artículos periodísticos y notas en variados medios, fue conocida como la *new age*. La interpretación de ese final se presentó sustentada por una filosofía implícita que ofrecía un tratamiento frívolo, vano, superficial³. Entonces cabe preguntarse ¿qué es la *new age*? Es una filosofía de vida ligera, suave, hedonista, que propone para esta etapa el mayor disfrute personal posible, aunque este sea frágil y evanescente, para capear la tormenta espiritual del profundo vacío generado por este proceso y que se pretende ignorar:

El término Nueva era o New age —utilizado durante la segunda mitad del siglo XX y principios del XXI— nace de la creencia astrológica de que cuando el Sol pasa un período (era) por cada uno de los signos del zodiaco, se producen cambios en la Humanidad. Según esta creencia, la constelación contra la que se encuentra el Sol influiría de alguna manera en la conciencia y el desarrollo de los seres humanos. De acuerdo con sus raíces de fenómeno contracultural y su naturaleza sincrética, los seguidores de la Nueva Era pretenden buscar una aproximación relativista a la verdad. Esta creencia no es solo una aseveración de elección personal en los asuntos religiosos, sino también una aseveración de que la verdad misma se define por el individuo y su experiencia de ella.

Entre el abanico de creencias que ha cobijado la *espiritualidad*, la *new age* se ofrece como una versión *personalizada* de la *felicidad* para uso de cada consumidor. La actitud ante la vida se resume en un tomar lo deseable y dejarlo cuando pierda su atractivo. Un *tómalo y déjalo* sobrentendido. Se popularizó con la expresión inglesa: *touch and go*. Este tipo de conductas es aplicable al *mundo de objetos* que brinda el mercado: desde ropa o un artefacto electrónico, hasta una pareja sexual, etc. Todo esto es asumido con la mínima intensidad para que sea indoloro. La contrapartida, el *compromiso*, es inaceptable en ese contexto cultural, porque exige una densidad en la que se arriesga el dolor por la pérdida posible. Entonces, dentro de esta concepción, la felicidad es sólo un *momento pasajero que aparece y desaparece*, lo cual impone la necesidad de atraparlo mientras dure, para luego seguir la vida cotidiana como si nada hubiera pasado. ¡En realidad nada pasó!

Una definición del capitalismo

Me he detenido en algunas consideraciones sobre el concepto de *felicidad* para ofrecer un marco de comprensión que facilite la lectura de la investigación que estoy ofreciendo. Hemos podido apreciar las diversas concepciones que giran en torno a ella. Más adelante volveré sobre este análisis encuadrado dentro de un marco más abarcador que posibilite una mejor comprensión. Debo ahora abocarme al primer concepto que propone el título, *el capitalismo*, puesto que merece también un análisis detallado para evitar caer en la confusión provocada por la cantidad de definiciones que circulan. Mi intención es bosquejar un significado, presente en el contexto de este trabajo. No hablo de una *definición verdadera*, sino de una posible, entre otras muchas, que elijo para ser utilizada en el desarrollo de este tema.

Para mantener el método utilizado, comenzaré por una definición accesible que nos ofrece *Wikipedia*:

³ Remito a mi trabajo *La decadencia de Occidente* publicado en la página http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2.

El capitalismo es un orden o sistema social y económico que deriva del *usufructo de la propiedad privada sobre el capital como herramienta de producción*, que se encuentra mayormente constituido por relaciones empresariales vinculadas a las *actividades de inversión y obtención de beneficios*, así como de *relaciones laborales tanto autónomas como asalariadas subordinadas a fines mercantiles*. (subrayados de RVL)

Veamos las condiciones propuestas por la definición para poder señalar con claridad cuándo y dónde se puede decir que la sociedad presenta un sistema capitalista de producción: a.- la existencia de un régimen jurídico que garantice la propiedad privada y, especialmente, sobre los medios de producción; b.- la producción se realiza con el objetivo de obtener beneficios monetarios, los mayores posibles; c.- debe existir un sistema social en el que haya personas libres que se ofrecen en condición de asalariados. Sigamos leyendo:

En el capitalismo, los individuos, y/o empresas usualmente representadas por los mismos, llevan a cabo la producción de bienes y servicios en forma privada y autónoma, *dependiendo así de un mercado de consumo para la obtención de recursos*. El intercambio de los mismos *se realiza libremente a través del comercio*, y por tanto la *división del trabajo se desarrolla en forma mercantil* y los agentes económicos *dependen de la búsqueda de beneficio*. A su vez, *los precios se forman mayoritariamente en un mercado libre* que depende de las interacciones entre *una oferta y una demanda* dadas por las elecciones de productores y consumidores. (subrayados de RVL)

Las relaciones sociales están condicionadas por las definiciones que el mercado va ocasionando dentro de la dinámica de la oferta de todo bien vendible (incluida la mano de obra) con adecuación a las características de la demanda. Todo ello, enmarcado dentro de un supuesto, admitido y compartido: cualquier tipo de actividad desarrollada necesariamente debe producir ganancias. Una vez aclarado todo este planteo cuidadoso, se puede aventurar una definición:

Se denomina sociedad capitalista a toda aquella sociedad política y jurídica originada sobre la base de una organización racional del trabajo, del dinero y de la utilidad de los recursos de producción, caracteres propios de este sistema económico. En el orden capitalista, la *sociedad está formada por clases socioeconómicas*. El nombre de *sociedad capitalista* se adopta comúnmente debido al hecho de que *el capital como relación de producción se convierte en un elemento económicamente predominante*. (subrayados de RVL)

La definición utilizada tiene una ventaja sobre algunas otras. Se especifica como capitalista a la sociedad que cumple con todos los requisitos detallados. Por ello, es posible definir claramente que su origen debe ubicarse en la Inglaterra del siglo XVIII, y que la Revolución Industrial fue una consecuencia del desarrollo y de las necesidades impuestos por ese capitalismo.

Debo partir de una información sobre la etapa de la Revolución industrial: el sistema en sus primeros pasos de fines del siglo XVIII y comienzo del XIX deslumbró por su capacidad de producir bienes en cantidad y calidad como nunca se había conseguido hasta entonces. La memoria de las hambrunas medievales hacía temer sobre el problema de la producción respecto del crecimiento poblacional. Los efectos beneficiosos de la capacidad capitalista naciente todavía no habían logrado convencer de que esa dificultad podría ser superada con las nuevas técnicas de fabricación.

Las dudas eran tales que Thomas Robert Malthus⁴ (1766-1834) realizó un estudio en el que creía demostrar que «la población tiende a crecer en progresión geométrica, mientras que los alimentos sólo

⁴ Fue un clérigo anglicano y erudito británico con gran influencia en la economía política y la demografía. Miembro, desde 1819, de la Royal Society. Popularizó la teoría de la renta económica y es célebre por la publicación anónima del libro *Ensayo sobre el principio de la población* (1798).

aumentan en progresión aritmética», razón por la cual pronosticaba que llegaría un día, no muy lejano, en que la población no obtendría los medios suficientes para sobrevivir por escasez de alimentos. Esta conclusión lo llevaba a aconsejar «el empleo de medios preventivos y represivos». No se atrevió a hacer pública esta tesis por lo cual su libro tuvo una edición anónima. En el primer capítulo de su libro dice:

Mas en el hombre los efectos de éste obstáculo (límites naturales de espacio y alimento) son muy complicados; guiados por el mismo instinto, le detiene la voz de la razón que le inspira el temor de ver a sus hijos con necesidades que no podrá satisfacer. Si cede a este justo temor es muchas veces por virtud. Si por el contrario le arrastra su instinto, la población crece más que los medios de subsistencia.

Karl Marx⁵ (1818-1883) critica esa tesis. Su punto de partida es: la existencia de clases muy pobres no es el resultado de la escasez de alimentos o de sus precios elevados, sino que radica en su injusta distribución. Mauricio Schoijet⁶, en un artículo, que lleva por título: *La recepción e impacto de las ideas de Malthus sobre la población*, comenta esa crítica:

Pero probablemente la crítica científica más demoledora fue formulada por Marx, después de la muerte de Malthus, en ella apunta a un aspecto que aparentemente no se ha percibido sobre las metodologías utilizadas por las ciencias sociales. Marx afirmó que después de la gran hambruna que a fines de la década de 1840 provocó en Irlanda una reducción drástica de su población por falta de alimentos y la emigración de millones de personas, de haber sido correcta la suposición de Malthus la situación de los irlandeses debió mejorar al haber disminuido la población, y que «puesto que no se observaba tal mejora, las causas de la pobreza de las masas había que buscarlas en el terreno político, es decir, en la opresión colonial inglesa, y no en la población».

Recuperemos ahora la definición de capitalismo como una *sociedad de clases*. Las grandes diferencias en la distribución de las riquezas producidas, determinada por la propiedad privada y su inequitativo reparto, creaba la riqueza de unos pocos y la miseria de los más. Por ello, dice Marx, las causas deben buscarse en el sistema político y económico y no en las carencias de la naturaleza. La convicción que él compartía, propia del optimismo científico del siglo XIX, se sostenía en la capacidad de las ciencias para resolver todos los problemas. La poca información disponible en esa época respecto a las limitaciones de la Tierra, no le permitió plantearse este problema.

La última mitad del siglo XIX y la primera mitad del XX olvidaron el pasado de hambrunas, pero no se preguntó sobre si el planeta Tierra tenía una capacidad infinita de producir bienes o debía pensarse en algún límite posible.

El capitalismo depredador

En la etapa siguiente a la segunda posguerra, aparecieron inquietudes respecto a la finitud del planeta en relación con demandas cada vez mayores de producción. Hasta la categoría *desarrollo económico*, cimiento de todos los proyectos planteados en los países *subdesarrollados* (préstese atención a este concepto) comenzó a ser cuestionada, por partir del supuesto de la existencia de un camino, recorrido por los ya *desarrollados*, para superar su condición actual. Sin embargo, el supuesto oculta que el desarrollo de los países que lograron su nivel económico actual ha colocado al borde de la catástrofe la subsistencia de la vida.

⁵ Filósofo, intelectual y militante comunista alemán. En su vasta e influyente obra, incursionó en los campos de la filosofía, la historia, la ciencia política, la sociología y la economía.

⁶ Científico e Investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana de México.

A fines de los sesenta el Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT) recibió del Club de Roma, el pedido del comienzo de una investigación en torno a este problema. Esta institución había sido fundada en 1968 por un pequeño grupo de científicos y políticos, motivados por la preocupación de «mejorar el futuro del mundo a largo plazo, de manera interdisciplinaria y holística».

El informe final, *Los límites del crecimiento* (en inglés *The Limits to Growth*) fue publicado en 1972, poco antes de la primera crisis del petróleo. La autora principal del informe, en el que colaboraron 17 profesionales, fue Donella Meadows (1941-2001). Biofísica y científica ambiental estadounidense, pionera especializada en dinámica de sistemas, trabajaba en el MIT en 1972 y formaba parte del equipo gestor del modelo computacional *global World3* para el Club de Roma, y proveyó las bases del libro mencionado. Dice *Wikipedia*:

El libro reportó un estudio de tendencias globales a largo plazo en las áreas de población, economía y medio ambiente. Dicho escrito ganó relevancia alrededor del mundo, y dio comienzo a un debate acerca de los límites de la capacidad de nuestro planeta para soportar la continua expansión económica del ser humano, un debate que continúa actualmente.

Se puede resumir la conclusión del informe de 1972 en estos términos:

Si el actual incremento de la población mundial, la industrialización, la contaminación, la producción de alimentos y la explotación de los recursos naturales se mantienen sin variación, alcanzará los límites absolutos de crecimiento en la Tierra durante los próximos cien años.

El informe se basa en la simulación informática del programa World3, una proyección sobre los datos actuales que recrea el crecimiento de la población, el crecimiento económico y el incremento de la huella ecológica sobre la Tierra en los próximos 100 años. La tesis principal del libro es que, «en un planeta limitado, las dinámicas de crecimiento exponencial (población y producto per cápita) no son sostenibles». Así, el planeta *pone límites al crecimiento*, como los recursos naturales no renovables, la tierra cultivable finita y la capacidad del ecosistema para absorber la polución, producto del quehacer humano, entre otros.

Basados en la proyección que adelanta un cuadro posible, de continuar el modelo actual, los autores exponen, como posible solución a este previsible colapso, el «crecimiento cero» o «estado estacionario», la detención del ritmo de crecimiento de la economía y de la población. De este modo, es posible que los recursos naturales existentes (en aquella fecha, 1972) no sean dilapidados por un crecimiento descontrolado. La hipótesis de prevención advertía la vulnerabilidad del planeta hacia un futuro vivible para las generaciones venideras.

La propuesta del *Club de Roma* no ha encontrado un eco plausible. Hoy, a más de cuarenta años de la publicación del informe, los avances conseguidos no son muchos. El artículo de *Wikipedia* reflexiona:

Es posible modificar las tasas de desarrollo y alcanzar una condición de estabilidad ecológica, sostenible, incluso a largo plazo. El estado de equilibrio global debería ser diseñado de manera que las necesidades de cada persona sobre la Tierra sean satisfechas, y que cada uno tenga iguales posibilidades de realizar su propio potencial humano. El texto se convertiría en toda una referencia, a finales de ese mismo año, cuando tomó forma la *Declaración de Estocolmo*, un acuerdo que nació tras la Conferencia de Naciones Unidas sobre el Medio Humano, celebrada en esa ciudad en junio de 1972.

Los debates y las investigaciones del *Club de Roma* continuaron. En 1992, veinte años después de la publicación original del informe sobre *Los límites del crecimiento*, se publicó una nueva versión a la que se le incorporaron nuevos datos y nuevas conclusiones, su título adquirió un tono de mayor gravedad: *Más allá de los límites del crecimiento*, en la cual se afirmaba que «la humanidad ya había superado la capacidad de carga del planeta para sostener su población». Veintidós años después, en el 2004, se publica la versión más

actualizada e integral que recuperaba las dos versiones anteriores, con un título que parecía demostrar bastante cansancio: *Los límites del crecimiento: 30 años después*:

En esta publicación se aborda la discusión sobre el imparable crecimiento de la población mundial, el aumento de la producción industrial, el agotamiento de los recursos, la contaminación y la tecnología. Entre otras cosas se señala que: no puede haber un crecimiento poblacional, económico e industrial ilimitado en un planeta de recursos limitados. En 2012 se edita en francés el libro *Les limites à la croissance (dans un monde fini)*, última edición de *Los límites del crecimiento*. En esta edición los autores disponen de datos fiables en numerosas áreas (el clima y la biosfera, en particular), según los cuales ya estaríamos en los límites físicos. La conclusión por tanto es menos polémica y los autores no tienen ningún problema para mostrar, mediante el instrumento de la huella ecológica, que el crecimiento económico de los últimos cuarenta años es una danza en los bordes de un volcán que nos está preparando a una transición inevitable. Además se dedican dos capítulos para proponer posibles transiciones que deben ser rápidas, apoyados en ejemplos, para evitar el temido colapso. Los autores destacan la importancia de las inversiones que tendrán que comprometerse con la necesaria transición hacia una sociedad que consuma recursos sostenibles.

Después de hacerse cargo de toda esta información se presenta el riesgo de caer en un escepticismo incurable. Pero no debe ser esa la actitud a asumir. Ello demostraría una inconciencia fatal y una voluntad de suicidio colectivo (de lo cual ya aparecen síntomas claros) aunque todo esto funcione en un nivel profundo de nuestras conciencias, esa negación nos posibilita seguir, como pronostica un viejo dicho “seguir bailando en la cubierta del Titanic”.

Una reflexión necesaria en este punto requiere volver con una mirada crítica sobre el contenido del importante y meduloso informe del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT). Corro con todos los riesgos de que un lector atento ponga en duda mi capacidad y calificación para osar tan temeraria aventura, sobre todo dada la importancia y prestigio de la institución que lo realizó. Diré, con la modestia que pueda estar a mi alcance, que creo que sólo con una actitud emancipadora de los saberes dominantes se podrá abrir un camino que, sin ignorar de ningún modo los datos de los Informes, abra una brecha por la cual vislumbrar una alternativa posible.

En este punto voy a introducir en el ruedo a Mateo Aguado cuyos avales de académico e investigador me cubren en esta osadía. Es Licenciado en Biología por la Universidad Complutense de Madrid (UCM); Maestría Universitaria en Cambio Global por la Universidad Internacional Menéndez Pelayo; Maestría en Medio Natural, Cambio Global y Sostenibilidad Socio-ecológica por la Universidad Internacional de Andalucía (UNIA); e Investigador del Laboratorio de Socio-Ecosistemas de la Universidad Autónoma de Madrid. Nos encontramos con la opinión de un especialista quien publicó un artículo que tituló *Algunas ideas sobre capitalismo e indignación* (febrero 2013) ante el cual debemos tomar nota que introduce un concepto en el análisis que no aparece en el Informe del MIT: *capitalismo*:

No sólo estamos ante una crisis económica, financiera, social y ecológica, sino que nos encontramos fundamentalmente ante la crisis sistémica del capitalismo, un modelo cuya única razón de ser es el crecimiento económico ilimitado y el consumo social en masa que lo alimenta. Somos seres finitos que vivimos en un planeta finito. Rescatar la lógica de nuestra finitud acomodando nuestras acciones a las leyes de la termodinámica y a la biosfera en la que habitamos significará -más pronto que tarde- romper con el predador sistema que hemos engendrado.

La transformación del capitalismo

Adopto, del doctor Jorge Beinstein, una segunda caracterización del estado actual del sistema-mundo⁷. Se trata de otra personalidad académica, cuyos antecedentes hablan por sí mismos: Doctor de Estado en Ciencias Económicas, por la Universidad de *Franche Comté*, Francia; especialista en Pronósticos Económicos, consultor de Organismos Internacionales y Gobiernos de varios países. Dirigió numerosos programas de investigación y fue titular de cátedras de Economía Internacional y Prospectiva, tanto en Europa como en América Latina. Actualmente, es profesor titular de las cátedras libres *Globalización y Crisis*, en las universidades de Buenos Aires y Córdoba (Argentina).

Este reconocido intelectual publicó un extenso artículo, *Convergencias. Origen y declinación del capitalismo* (mayo de 2013), cuya caracterización no permite dudas sobre la situación actual:

Hacia el final de su recorrido histórico el capitalismo se vuelca prioritariamente hacia las finanzas, el comercio y el militarismo en su nivel más aventurero “copiando” sus comienzos cuando Occidente consiguió saquear recursos naturales, sobreexplotar poblaciones y realizar genocidios acumulando de ese modo riquezas desmesuradas con relación a su tamaño lo que le permitió expandir sus mercados internos, invertir en nuevas formas productivas, desarrollar instituciones, capacidad científica y técnica. En suma construir la “civilización” que llevó Voltaire a señalar: “la civilización no suprime la barbarie, la perfecciona”. La decadencia del mundo burgués imita en cierto modo a su origen pero no lo hace a partir de un protagonista joven sino decrepito y en un contexto completamente diferente: el de la gestación era un planeta rico en recursos humanos y naturales disponibles, virgen desde el punto de vista de los apetitos capitalistas, el actual es un contexto saturado de capitalismo, con fuertes espacios resistentes o poco manejables en la periferia, con numerosos recursos naturales decisivos en rápido agotamiento y un medio ambiente global desquiciado.

Su diagnóstico es terminante. A partir de sus conclusiones, nos exige comprometernos con las denuncias y de la perspectiva desprendida de este cuadro de situación, al que podemos agregar una trascendencia posible hacia un futuro. Llegados a este punto de nuestra investigación y una vez admitido el escenario que enfrenta la comunidad global, en el que nos estamos haciendo cargo de la situación que desafía a la comunidad humana global, debemos interrogarnos: ¿tiene sentido hablar de felicidad, o es un modo de «meter la cabeza bajo tierra, como el avestruz».

Tal vez sea necesario, entonces, discernir qué decimos con la palabra “capitalismo”. El siglo XX vivió dentro del debate de sistemas contrapuestos que pintaban el escenario internacional en blanco y negro. Ello no contribuyó con una reflexión política más profunda que distinguiera, por una parte, más de una experiencia histórica dentro del polo del denominado “capitalismo”. Por otra, había más de una experiencia, dentro del otro polo, de lo conocido como el “campo socialista”. Esta complejización conceptual habilitaba a descubrir alternativas sociopolíticas que repintaban el escenario internacional con la variada gama de los colores existentes en las particularidades culturales.

La rigidez y la pobreza analítica del esquema anterior presentaba dos cuadros contrapuestos y excluyentes: un *capitalismo liberal*, devenido luego *capitalismo salvaje*, y un *socialismo burocrático*, convertido en *capitalismo de Estado*. Ejemplo presente de esta pobreza conceptual es el caso de China y Cuba: sometidas a una revisión del sistema institucional para dar respuesta a las necesidades de su proceso,

⁷ Esta categoría de pensamiento es un aporte del académico estadounidense Immanuel Wallerstein (1930); fue Director de Estudios Asociados en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (École des Hautes Études en Sciences Sociales) en París, y fue Presidente de la Asociación Sociológica Internacional.

se las comienza a considerar como retrogradaciones hacia el capitalismo de mercado. En lenguaje de las izquierdas, según dicen los manuales, una traición a la Revolución Socialista; según la mirada del liberalismo capitalista, un reconocimiento del fracaso socialista.

La dificultad de no contar todavía con un bagaje analítico más fino y preciso, más la chatura del tratamiento de estos temas en los medios concentrados, dejan al *ciudadano de a pie* desconcertado y próximo al escepticismo. La decadencia estructural evidenciada por los académicos consultados admite una denuncia clara; pero no, un lenguaje esperanzador. El siguiente atrevimiento forma parte del intento de desplegar las conciencias hacia un futuro mejor. Ciertamente la esperanza reside en la sabiduría del pensamiento indo-hispano-latinoamericano.

Entonces ¿la felicidad?

Hemos llegado al momento de esta investigación que reclama el segundo tema del título, *la felicidad humana*, y su derecho a ocupar un espacio adicional a lo dicho en páginas anteriores. No se me escapa —convencido de que me acompaña el *ciudadano de a pie*— que el abordaje se ve entorpecido por la cuantiosa bibliografía sobre la *new age* y la *autoayuda personal*, que se sumergen en propuestas de soluciones individuales.

En el contexto de las reflexiones manifestadas, la intención apunta hacia las condiciones socio-institucionales y/o culturales y/o educativas, todo ello en su acepción más amplia, que posibilitan una *vida vivible* y satisfactoria para muchos o que la impiden. La indagación sobre el *capitalismo* aportó una serie de preguntas y de posibles respuestas que intentaron desbrozar el camino hacia planteos superadores de los escollos encontrados.

En otro trabajo mío ya citado: *La subjetividad posmoderna y el buen vivir*⁸, el tema de la felicidad aparece estrechamente ligado al *buen vivir*, que debe ser diferenciado del proyecto burgués del *vivir bien*: la armonía y la paz interior no son compatibles con la idea del confort que se adquiere en el mercado. También allí me hice cargo de las dificultades con las que la *vida moderna* nos obstaculiza ese logro. Es decir, la propuesta de los pueblos originarios parte de un marco cultural comunitario muy lejano de nuestras condiciones actuales sumergidas en una cultura consumista. Dentro de ella, la felicidad se presenta como la posibilidad de *comprar todo lo deseable*, sin reparar en la incidencia condicionante del aparato publicitario que nos bombardea.

Sin embargo, dentro del tipo de vida en la que se desenvuelve nuestra cotidianeidad, debemos intentar saber qué tipo y cuánto de felicidad es posible alcanzar. Y en estos menesteres se halla Richard Layard⁹ (1934), economista egresado de la Universidad de Cambridge, profesor emérito de Economía y director-fundador del Centro para la Performance Económica. Parte de una conclusión muy lógica: «El objetivo último de la economía y de la política de cualquier país decente debería ser el trabajar en pro de la felicidad de sus habitantes». Uno puede pensar que hay un grado importante de ingenuidad en semejante afirmación, salvo por el uso del condicional: *debería*, implícitamente sugerente de que no se manifiesta así en la actualidad.

Tal y como sostiene en su libro *La felicidad: lecciones de una nueva ciencia* (2005), el progreso de la felicidad nacional debería considerarse un objetivo político, estudiado y evaluado tan concienzudamente

⁸ Se puede consultar publicado en la página http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2.

⁹ Economista británico, director de programas del Centro para el Desempeño Económico de la *London School of Economics*. Su carrera se centró en la reducción del desempleo y la desigualdad.

como el crecimiento del PIB. En este libro, cuenta cómo, por primera vez, se puede medir la felicidad de una población de una manera objetiva. Afirma con un algo de ironía «Los resultados de décadas de encuestas y escaneos cerebrales muestran que, una vez pasado el nivel de subsistencia, lo que nos importa de verdad es si el pasto del vecino es más verde que el nuestro». De esas investigaciones observa lo siguiente:

Obviamente, para quienes viven con menos del sueldo mínimo un aumento en el ingreso contribuye a la felicidad. Lo vemos en los países pobres y vemos también que los países ricos son más felices que los pobres. Pero una vez que se supera ese punto, lo que la gente quiere es un mayor ingreso en comparación con los demás. Esto significa que si el país entero se vuelve más rico, no aumenta la felicidad de sus habitantes porque todos se volvieron más ricos y entonces no aumenta su ingreso relativo. Tenemos muchísima evidencia empírica que lo prueba, como las encuestas donde la gente declara cuán contenta se siente y que podemos cruzar con los datos respecto de su ingreso y el ingreso de su vecindario, su ocupación y todo lo necesario para ver qué es y qué no es importante.

Me resulta muy interesante seguir la línea de los estudios de Richard Layard y de las conclusiones a las que llega. Además, constituye un buen ejemplo de cómo el modo de plantear el problema lo va cercandando hasta el punto de descubrir lo que en realidad debía saber desde el comienzo. Como tal vez sorprenda lo aseverado, presento la siguiente lectura de su pensamiento:

Leí a Bentham durante mis estudios de grado y me pareció desde entonces obvio que las mejores sociedades son aquellas en las cuales la mayor cantidad de gente posible es más feliz y que, por ende, las políticas públicas deberían estar diseñadas para lograrlo. Estudié economía porque creo que es la única disciplina que piensa en términos de los beneficios que pueden obtenerse si uno hace una cosa en vez de otra, pero siempre me pareció muy limitada la visión que ofrecía respecto de qué hace a la gente feliz. Sin embargo, recién en estos últimos años, cuando tomé contacto con los avances en la neurología, todo me cerró, porque ahora se encontró el área del cerebro en que la gente experimenta la felicidad, y el concepto de electromagnetismo de esas zonas está directamente relacionado con lo que la gente dice respecto de sentirse o no feliz. Por fin podemos pensar en la felicidad como un fenómeno objetivo y estudiarlo en términos de políticas públicas. (subrayado de RVL)

Detengámonos en las frases destacadas: el autor investiga la felicidad de la gente dentro de la ciencia económica, por ser esta la ciencia que se especializa en los modos de lograr el mayor lucro posible para el capital invertido. *Es la única disciplina que piensa en términos de beneficios.* Sin embargo, no explica qué se entiende por *beneficios*, lo cual deja en suspenso un tema sin cuestionar. De ese modo, conserva el sentido burgués: *beneficio=más dinero.*

Su gran hallazgo es que la neurología le suministra el saber en qué parte del cerebro se aloja la *sensación de felicidad.* Pero la sensación es la recepción de un estímulo exterior y, según el Diccionario de la Academia, «Impresión que las cosas producen por medio de los sentidos». Con lo cual, al parecer, se cierra el circuito de su razonamiento: el cerebro se excita ante una sensación satisfactoria producida por un aumento en la cantidad de dinero recibido. ¡Albricias! ¿Es necesario hacer una investigación científica para descubrir en el marco de la sociedad burguesa lo que cualquier *ciudadano de a pie* le hubiera respondido a nuestro investigador?

Sin embargo— como él mismo afirma según sus *investigaciones empíricas*—, cuando la distribución del dinero supera el límite de las necesidades básicas y se empieza a igualar el nivel de ingresos, agregar más dinero no acompaña un aumento de la satisfacción (sugiero volver a leer la cita de la nota anterior). Entonces, lo que sí pareciera satisfacer es la comprobación de un mayor ingreso respecto de un_otro ¿esto es la felicidad? En todo caso, es la que ofrece la cultura competitiva individualista burguesa.

Tal vez, unos datos biográficos nos permitan comprender mejor cómo y por qué Richard Layard piensa de este modo. Nuestro investigador es en realidad Peter Richard Grenville Layard, Baron Layard, de Highgate, en el distrito londinense de Haringey, miembro de la Cámara de los Lores del Reino Unido. ¿Qué nos dice esto? En mi opinión, a pesar del riesgo de crítica de los buenos lectores, diré: piensa desde su cómoda aristocracia y su *necesaria distancia de clase* respecto de las conductas del ciudadano burgués, desde donde investiga y saca conclusiones: *el valor superior que ofrece la felicidad es el dinero*.

Repensemos la tradición

Para tomar una distancia purificadora de la concepción materialista burguesa de la felicidad, antes tratada, volveré a Aristóteles, aunque solo como un nuevo punto de partida. Esto es necesario, porque durante largo tiempo los pensadores políticos dejaron el tema de la felicidad en una banquina del camino.

Los clásicos del pensamiento político moderno de los últimos cuatro siglos no lo han tratado como un tema fundamental de la política. Sin embargo no debe entenderse como inexistente su abordaje por parte de otros pensadores, aunque sé que no abunda.

La literatura de autoayuda de las últimas décadas recupera este problema para llenar un vacío en esa búsqueda. Pero su aporte es muy pobre, chato y extremadamente superficial. Nos ofrece una puerta de sencillo y fácil tránsito hacia algo que no es más que humo de ilusión. Si bien es cierto que la felicidad no es de fácil conquista —como se insiste en las ofertas mencionadas—, no por ello está vedada a todo aquel que se esfuerce en obtenerla. Esta es la afirmación de Aristóteles, como punto de partida de lo que sigue:

He aquí precisamente el carácter que parece tener la felicidad; la buscamos siempre por ella y sólo por ella, y nunca con la mira de otra cosa. Pero digo, que si la felicidad no nos la envían exclusivamente los dioses, sino que la obtenemos por la práctica de la virtud, mediante un largo aprendizaje o una lucha constante, no por eso deja de ser una de las cosas más divinas de nuestro mundo, puesto que el precio y término de la virtud es evidentemente una cosa excelente y divina y una verdadera felicidad. Y añadido, que la felicidad es en cierta manera accesible a todos, porque no hay hombre a quien no le sea posible alcanzar la felicidad, mediante cierto estudio y los debidos cuidados, a menos que la naturaleza le haya hecho completamente incapaz de toda virtud.

Las condiciones del camino hacia su encuentro hablan de un trabajo sobre sí mismo. Si bien reconoce lo difícil de su acceso, pone el énfasis en el carácter de disciplinamiento requerido al ateniense, la virtud, palabra hoy en gran parte caída en desuso. Sin embargo, con un atrevimiento quizá injustificable, criticaría su modo de encerrar la búsqueda de la felicidad solamente en el interior de cada persona y su divorcio del entorno cultural. Este constituye el marco que posibilita y restringe, al mismo tiempo, su obtención. Es cierto: no es exigible a la cultura de entonces del gran filósofo, puesto que el sentido del cambio social no correspondía a esa época, por lo cual el tiempo histórico no entraba en sus reflexiones. Y al pensar desde su clase social de hombre libre, condición natural inmodificable, su pensamiento se desliza por las posibilidades de ser feliz de un ciudadano ateniense. Ese ciudadano no reparaba en los excluidos de su entorno, quienes estaban fuera de estas disquisiciones.

Hoy, frente al mundo moderno, no existe posibilidad de desarrollar un tipo de pensamiento que no incluya a todos. Además, debe prestar especial atención a quienes están por debajo de la línea de sus necesidades básicas. De ese modo, la felicidad adquiere, en primer término, el logro satisfactorio de eliminar la escasez. Dado este paso, se pueden plantear luego los denominados *derechos de segunda generación*. Detengámonos en este problema.

En la nota anterior, mencionamos los denominados *derechos de segunda generación*. Son aquellos cuyo reclamo surge cuando las necesidades básicas comienzan a ser satisfechas. En nuestra América, ya se han originado casos en los cuales la demanda no se dirige a comida, vestido o salud: en buena medida —como indican informes de instituciones internacionales—, se ha logrado un nivel aceptable de demandas básicas, aunque no totalmente satisfactorio. Lo que ha provocado la sorpresa de algunos periodistas o analistas de los medios concentrados es el surgimiento de conflictos por reclamos de mejor educación, mejor transporte, mejor trato de los funcionarios, etc.

Esto se coloca en línea con lo afirmado, en páginas anteriores, por Richard Layard respecto de la incidencia de las metas conseguidas, en comparación con las obtenciones de otros (personas o grupos sociales).

Podemos calificar la satisfacción como *absoluta* o *relativa*; la primera se mide desde sí misma, la segunda, en comparación con la de los otros. Ejemplifico: sectores sociales de las generaciones de fines del siglo XIX y comienzo del XX podían vivir en *cierta pobreza satisfactoria* (“pobre, pero honrado”), con un limitado consumo de bienes. Fundamentalmente, a partir de la segunda posguerra, aparece una importante capacidad publicitaria comercial que incita a poseer lo que se le propone como deseable. El deseo puede ser ilimitado, en la medida en que sea provocado constantemente, y este es el *gran descubrimiento* del mercado de las últimas décadas. La felicidad comienza a estar condicionada por una insatisfacción provocada que la convierte en ilimitada. Cada demanda satisfecha abre el camino a la próxima insatisfacción, y así hasta el infinito: ya estamos dentro de la *sociedad de consumo*.

Convoco nuevamente a Mateo Aguado:

Como es sabido, buena parte de nuestro bienestar humano se sostiene sobre la posibilidad que tengamos de cubrir determinadas necesidades materiales; necesidades que, bajo una economía de mercado, son cubiertas a través del consumo. Sin embargo, las desigualdades existentes en el mundo hacen que las oportunidades de llevar a cabo acciones de consumo no sean iguales para todos, siendo siempre mayores en las clases de mayores ingresos y en el plano internacional en las naciones más ricas y “desarrolladas”. Estas desigualdades originan un caudal de insatisfacciones en constante crecimiento.

Destaco, para esta investigación, la proximidad que existe en nuestra cultura entre dos conceptos: *felicidad*, tratado anteriormente, y *bienestar humano* que aparece ahora. Tienen en común un piso de significados comunes, relacionados con el grado de satisfacción de las necesidades históricas, social y culturalmente vigentes (las poblaciones indígenas pueden quedar satisfechas con menos bienes que las poblaciones urbanas burguesas, dado el modo y la cantidad de oferta que el mercado actual ofrece existente). Este investigador avanza al respecto:

A pesar de que el PIB ha sido tradicionalmente utilizado para hacer comparaciones internacionales de progreso social y de bienestar humano, han sido muchos los investigadores que han criticado esto, preguntándose en qué medida los ingresos medios de un país pueden realmente reflejar el bienestar humano de sus ciudadanos. Estas críticas hacia el PIB como indicador de progreso pueden resumirse en las siguientes: a) al tratarse de una media aritmética no contempla la desigualdad social; b) no incorpora otros elementos que influyen mucho en el bienestar como la esperanza de vida, el tiempo de ocio disponible o la degradación ambiental; c) no contabiliza la producción obtenida mediante el trabajo sumergido o la que no está contemplada por los mercados (como el trabajo doméstico o voluntario); y d) computa aspectos que no generan bienestar (como los gastos militares) a la vez que ignora aspectos que sí lo generan (como el patrimonio artístico).

Llegados a este grado de complejidad del tema podemos decir, con una pizca de ironía, ¡cuánto más sencillo era para el bueno de Aristóteles!

¿Felicidad o bienestar?

En nuestra investigación, nos hemos encontrado con un obstáculo o una restricción contra el pensamiento, señalada por Mateo Aguado, que nos impone pensar la *felicidad* o el *bienestar humano*, dentro del marco de la ciencia económica. La rigidez de su metodología cuantitativa le impide profundizar en el alma humana (individual y/o colectiva), al enfrentar la insondable complejidad de sus manifestaciones y su actividad. Colocarse en una posición ética reflexiva, que observa el reparto injusto de bienes más las limitaciones del planeta Tierra, lo llevan a decir:

La asunción por parte del actual modelo hegemónico de que el crecimiento de la economía y su asociada capacidad de consumo es la clave para mejorar nuestro bienestar es una gran falacia. Esta falacia constituye además uno de los mayores obstáculos para alcanzar un bienestar humano sostenible y bien repartido en el mundo, pues a medida que determinadas naciones se hacen más y más ricas no solo no logran mejorar su bienestar, sino que encima –y bajo una realidad planetaria de recursos finitos e de inequidad– contribuyen a un aumento en la privación de recursos para el resto del mundo. Por todo ello, aspirar hoy a lograr un mundo mejor significa trabajar por que las naciones más ricas reduzcan su opulencia aceptando estilos de vida menos ambiciosos y derrochadores en aras de la felicidad global, la sostenibilidad ecológica y la justicia social.

Este investigador publicó una aguda nota cuyo título anticipaba un modo de plantear el problema que nos enfrenta a repensar el tema que venimos tratando: *¿Somos muchos o es que algunos tragan demasiado?* (junio de 2014). Préstese atención a cómo logra involucrarnos personalmente evitando que el problema se convierta en un mero juego intelectual. Utiliza como base su comentario sobre un libro de reciente publicación *La cuenta atrás* (2014) cuyo autor es un científico reconocido, Alan Weisman¹⁰ (1947). Su objetivo central es «alertarnos sobre los peligros que podrían tener para el ser humano y el planeta el desenfrenado crecimiento poblacional que nuestra especie está experimentando»:

Weisman nos avisa que los seres humanos estamos viviendo hoy el más grande y acelerado crecimiento poblacional experimentado en toda la historia de la humanidad. Estamos próximos a alcanzar ya la cifra de 7.200 millones de personas y, según sus propias palabras, cada cuatro días y medio añadimos un millón de personas al planeta, con lo cual podríamos llegar a los 11.000 millones de personas para finales del presente siglo. Sin embargo, antes de dejarnos impactar por esta clase de datos demográficos es conveniente hacerse la siguiente pregunta: ¿realmente somos demasiados? Para responder esta cuestión es necesario remitirse a dos conceptos clave (y profundamente conectados). El primero es la escala; es decir, considerar el espacio sobre el cual esa población en crecimiento se asienta. En nuestro caso nuestro espacio es el planeta Tierra, el único lugar habitable que hasta la fecha conocemos. Y dado que el planeta no crece (es una esfera de unos 12.700 Km de diámetro y así seguirá siendo), resultará imposible para la especie como el *Homo sapiens* que sí lo haga –indefinida y exponencialmente–. Y es que nada puede crecer sin parar sobre algo que no crece (al menos no sin experimentar durante el proceso un tajante colapso).

Nos encontramos nuevamente ante el debate, ya tratado en páginas anteriores, entre Thomas Malthus y Karl Marx, a mediados del siglo XIX. Ahora el debate adquiere otras características debido al avance de la ciencia. Por tal razón, con los nuevos datos, Aguado nos entrega este análisis:

El segundo aspecto clave para comprender si verdaderamente somos o no demasiados es la presión ejercida; es decir, la presión que sobre la naturaleza de nuestro planeta ejercen esos 7.200 millones

¹⁰ Licenciado en Literatura en la *Northwestern University*. Profesor asociado de Periodismo y Estudios Latinoamericanos en la Universidad de Arizona, y de la maestría de Periodismo Internacional. También, profesor de Periodismo en la Universidad de Prescott y en la Universidad de Williams.

de seres humanos. Este asunto tiene que ver, en última instancia, con nuestros comportamientos como especie, con nuestra manera de relacionarnos con el resto y con los ecosistemas. Es decir, más importante que el cuántos somos es el cómo somos (el cómo vivimos).

¿Felicidad para todos?

La reflexión de Mateo Aguado sobre el libro de Alan Weisman avanza sobre senderos nuevos y más fértiles para una investigación más profunda y comprometida con lo humano —entendido como todo el ser humano y todos los seres humanos—, para evitar abstracciones peligrosas que esconden cuotas significativas de racismo y exclusión. Lo importante de estas cifras comparativas es el ensanchamiento del espacio del pensar que provoca:

Por lo tanto, ante la frecuente pregunta de cuántos seres humanos caben en el planeta Tierra, la respuesta lógica es depende. Si todos viviésemos como el ciudadano medio de Haití, por ejemplo, la biocapacidad¹¹ del planeta podría albergar a más de dos veces y media la población mundial actual, es decir unos 18.000 millones de personas. Si por el contrario aspiramos a que todos los seres humanos vivamos como se vive actualmente en EEUU, la cifra límite que podría albergar la Tierra sin sobrepasar su biocapacidad sería aproximadamente de 1.600 millones de personas (casi 4,5 veces menos del total de personas que hoy pueblan nuestro mundo). Dicho de otro modo, si quisiésemos vivir todos los habitantes del mundo como vive hoy el estadounidense medio, o bien “nos sobrarían” casi ocho de cada diez personas vivas, o bien necesitaríamos 3,5 planetas Tierra más del que tenemos.

Si nos proponemos pensar las cifras que analiza, no como mera cuestión cuantitativa sino como una manera de tomar conciencia respecto de lo que él denomina la biocapacidad del planeta, podemos eludir la crudeza racista y clasista de importantes sectores del poder de los países centrales que crean tremendismo con algunos de esos números, los referidos al límite de la capacidad de habitantes. Estos límites, manejados arteramente, auguran un futuro negro: la necesidad de preparar *justificaciones de guerras contra las poblaciones sobrantes*. Aunque esta afirmación parezca disparatada, debe saberse que, según algunos planes de Agencias del Departamento de Estado y del Pentágono de los Estados Unidos, son hipótesis en análisis.

La conclusión puede ser rescatable y esperanzadora, si es pensada desde una óptica que privilegie toda la vida humana. De ese modo, obliga a centrar el pensamiento desde un marco más humanitario para la elaboración de una nada sencilla propuesta superadora del problema planteado.

La afirmación de que no se trata sólo de *cuantos somos* sino de *cómo vivimos* los que somos; pero, sobre todo, de cómo lo hacemos los privilegiados que nos encontramos lejos de las carencias básicas, nos coloca ante un problema ético que sí tiene y debe tener respuestas. Los análisis sólo cuantitativos desde hace dos siglos han sido encubridores de esta situación nueva con la cual nos encontramos: Tenemos capacidad para que quepan muchos más, pero asumiendo un estilo de vida diferente y común para todos. Una frase del Mahatma Gandhi¹² (1869-1948) nos ayuda a entender esto: «La Tierra tiene lo suficiente para satisfacer las necesidades de todos; pero no, para las ambiciones de unos cuantos».

¹¹ La “biocapacidad” o capacidad biológica es la capacidad de los ecosistemas para producir materiales biológicos útiles para los seres humanos, así como para absorber los materiales de desecho generados por sus actividades. Generalmente, se expresa en hectáreas globales.

¹² Abogado, pensador y político indio. Perteneció abiertamente al frente del movimiento nacionalista indio. Instauró métodos de lucha social novedosos como la huelga de hambre.

Las ideas aparecidas han mostrado que no deben despreciarse la investigación científica ni las cifras comparativas. Se nos ofrece una síntesis para pensar y repensar la problemática propuesta, sin olvidar que el aporte de los valores éticos le proporciona al pensamiento mayor riqueza y profundidad, y da cabida también a una mirada mucho más humana y respetuosa de todos. Nos deposita, entonces, ante el concepto presentado: *estilo de vida*. Ya cité en páginas anteriores un trabajo mío¹³, en el que se compara el modo de vida de las clases medias urbanas con los modos de la vida de los pueblos originarios.

Sin caer en posiciones indigenistas que encierran mucho de fundamentalismo, ni hacer una defensa cerrada de la cultura burguesa, estamos ante un nuevo camino que debe intentar extraer lo mejor y posible de ambas dentro de un proyecto abarcador e incluyente en el cual quepan todos. Viene a propósito la famosa frase de los zapatistas: construir «un mundo donde quepan todos los mundos».

Para repensar la felicidad

No debo soslayar que en temas como el de la *felicidad* se cae tantas veces en expresiones de deseos que proponen idealidades; las que se podrían sintetizar en frases coloquiales como: “Sería lindo que...”, “Tal vez algún día se pueda...”, “Llegará un día en que...”. El *ciudadano de a pie* que me fue siguiendo con su lectura a través de todas estas páginas tiene derecho a esperar conclusiones más concretas. Éstas no deben desconocer algunas de las condiciones que deben ser respetadas por cada persona, como requirió Aristóteles para el logro de ese estado espiritual. Cito nuevamente a Mateo Aguado para avanzar sobre un camino que no deja de sorprendernos. En un artículo suyo, que lleva por título *Sobre felicidad, política y desarrollo* (29-3-14), sostiene:

Alcanzar la felicidad es probablemente la mayor aspiración que ha tenido el ser humano en toda su existencia. Es algo obvio y difícil de cuestionar: todos deseamos, por encima de cualquier otra cosa, tener una vida feliz. Hasta tal punto esto es así que la mejor definición que –probablemente– se haya dado nunca de *inteligencia* (ese ambiguo concepto que tanto nos sobrevuela) es aquella que dice que ésta, la inteligencia, no es otra cosa que nuestra capacidad de ser felices.

Si acordamos con esta afirmación, de que es una aspiración común a todo ser humano, y creo que si no todos una gran parte de los habitantes del planeta estaría de acuerdo con ello, debemos preguntarnos: ¿por qué no son tantos los que la logran? Una primera respuesta ya fue dada en páginas anteriores. Hemos analizado las condiciones culturales con las cuales cada sociedad, con sus estructuras institucionales dentro de las cuales se desarrolla la vida humana, funciona como posibilitante/limitante de los deseos de cada persona. Agreguemos a ello que la sociedad consumista, en su afán de lucro, ha afinado los mecanismos publicitarios para orientar compulsivamente ese deseo por caminos de una satisfacción fugaz. La sustitución de la felicidad por la satisfacción en el consumo ha desbarrancado en un deseo perpetuo e infinito de imposible satisfacción duradera.

Entonces ¿se han cerrado o impedido los caminos de acceso a una felicidad humana posible? Otra respuesta posible a pensar, aunque extraña y algo esquiva para nuestra cultura, la he encontrado en el artículo citado de Mateo Aguado. Nos cuenta una experiencia de un país, para mucho de nosotros desconocido: Buthán. Tuve que explorar en Wikipedia para saber algo de él:

Buthán se encuentra situado en el Sur de Asia a los pies del extremo este del Himalaya. Limita al norte con la República Popular China (República autónoma del Tíbet) al oeste con Sikkim (un estado de la India ubicado en la cordillera Himalaya), al sur con Bengala Occidental (un estado en la zona

¹³ *La subjetividad posmoderna y el buen vivir* en la página www.ricardovicentelopez.com.ar.

este de la India) y con Assam (un estado de India situado a su nordeste) y al este con Arunachal Pradesh en la India. Bhutan es una nación compacta sin salida al mar casi cuadrada, solo mide un poco más de largo que de ancho. La extensión aproximada del territorio es de 47.000 km² (un poco más que Misiones- Argentina) y una población que apenas llega a los 720 mil habitantes.

Según nuestro investigador, este país se propuso emprender un camino distinto dentro de la presión globalizadora del neoliberalismo. Para lograr una salida para la felicidad de su pueblo privilegió «el bienestar ciudadano frente al uso occidental los indicadores macroeconómicos que la mayoría de las veces poco o nada nos dicen sobre el sentir real de las personas». Dice Aguado:

Basándose en la creencia elemental que sostuviera Jeremy Bentham de que la mejor sociedad es aquella en la que sus ciudadanos son más felices, el Rey de Bután – Jigme Singye Wangchuck – acuñó en la década de los setenta el término de la *Felicidad Nacional Bruta* (FNB) bajo la convicción de que la mejor política pública es aquella que produce la mayor felicidad entre sus habitantes (y no así necesariamente la que produjese mayores niveles de ingresos y consumo).

Si bien debo admitir que el ejemplo es un poco extemporáneo, correspondiente a una cultura ajena a nosotros, por lo cual “toda similitud con la vida real es mera coincidencia” (como se dice en las películas) no por ello tomar nota y reflexionar debe ser necesariamente una tarea inservible o irrecuperable. Es de tener en cuenta que las tradiciones orientales acumulan modos y prácticas de vida, algunas veces poco contaminadas con las desviaciones occidentales, sobre las cuales algo quedó dicho. Agrego, con un dejo de ironía: sin embargo *no dejan de ser humanos como nosotros*, por lo que algo de ellos podemos aprender. Sigamos a Aguado:

El concepto de la Felicidad Nacional Bruta (FNB) fue fundado en base a las tradiciones budistas butanesas y, hoy en día, es desarrollado por el Centro de Estudios de Bután (CBS). Según éste, el concepto de la FNB está constituido por cuatro pilares básicos: la buena gobernanza, el desarrollo socioeconómico sostenible, la preservación cultural y la conservación del medio ambiente. Estos cuatro cimientos fundamentales –construidos a partir de más de 100 sub-indicadores y 33 indicadores– son presentados y monitoreados por el CBS a través de nueve grandes dominios que, sumados, componen el índice de la FNB: 1) el bienestar psicológico, 2) la salud, 3) la educación, 4) el uso del tiempo, 5) la diversidad y resiliencia cultural¹⁴, 6) el buen gobierno, 7) la vitalidad de la comunidad, 8) la diversidad y resiliencia ecológica, y 9) las condiciones de vida.

Debemos tener en cuenta que estos nueve dominios de la FNB (que combinan tanto aspectos objetivos —como los ingresos familiares o los niveles de alfabetización— como subjetivos, como la satisfacción con la vida) vienen a mostrar, más o menos, las condiciones mínimas por cumplirse en Bután, para que sus habitantes puedan alcanzar una vida feliz. Esto lo lleva a nuestro investigador a sostener:

Con todo ello, y pese a lo que puedan mostrar los indicadores clásicos de progreso y desarrollo (como el PIB y el IDH), salta a la vista que Bután no es un país pobre o subdesarrollado, sino más bien todo lo contrario. Es un país que realmente se ha preocupado por su pueblo y que, al fin y al cabo, se ha atrevido a apostar por otro modelo civilizatorio alejado del capitalismo. Un modelo que pone el centro de atención en aquello que realmente es el fin último de nuestra existencia: la felicidad.

Todos estos requisitos no parecen estar hoy al alcance de los pueblos occidentales, fundamentalmente en la mayor parte de aquellos donde imperan de modo implacable las *leyes del mercado*. Aguado afirma, con una ironía dolorosa, cuáles son esos impedimentos:

¹⁴ El término “resiliencia”, desde el punto de vista emocional/humano, se refiere a la capacidad de los sujetos o de la naturaleza para sobreponerse a períodos de dolor emocional y situaciones adversas.

Ante los tremendos recortes en derechos que actualmente están sufriendo muchos de los países que se hacen llamar –a ellos mismos– desarrollados (anteponiendo con este gesto, por norma general, el bienestar de la banca y de los sectores privados al bienestar de su propio pueblo), cabe preguntarse quién es aquí el subdesarrollado.

Lo que se pone en juego es una reflexión profunda y una investigación honesta acerca de una serie de conceptos que aprisionan el pensar de los analistas e investigadores salidos de las universidades de Occidente. *Desarrollo, bienestar humano, crecimiento económico (PBI), ingreso per cápita*, etcétera, son los conceptos con los que se intenta resolver la satisfacción de los deseos humanos, sin percibir que corresponden a una cultura burguesa que piensa y vive con conceptos de vida materialistas. En este aspecto, Aguado es terminante:

Repensar el concepto de desarrollo es una tarea que lleva tiempo preocupando a académicos de todo el mundo y que ha configurado toda una corriente de pensamiento crítico contra-hegemónico. La idea sería la siguiente: si es éste el desarrollo que nos dicen hay que seguir (un desarrollo capitalista basado en la desigualdad, la privatización de lo público, los recortes en el bienestar de la mayoría y la destrucción de los ecosistemas), entonces... ¡hay que diseñar y promover otro tipo de desarrollo!

Conclusiones provisionarias

Debo dirigirme ahora directamente a ese tipo de lector que he bautizado, sin mucha originalidad, adoptando un modo de referirse a él utilizado ya por otros autores: el *ciudadano de a pie*. Yo deposito en él la representación de millones de buenas personas honestas, sencillas, trabajadoras, que están en cierto modo encerradas dentro de una *mentalidad tradicional*, por ponerle un nombre bastante ambiguo pero que creo expresa un estado de la conciencia colectiva caracterizada por: a.- un apego a la *verdad del sentido común*; b.- ese modo de pensar acepta lo que se dice por lo que hoy se han convertido en los *medios de comunicación concentrados*, fuente de información de sus padres y abuelos; c.- se mantiene prudentemente alejado del *pensamiento crítico* porque éste representa un cuestionamiento al marco cultural que sostiene su visión del mundo; d.- ha sido educado por el sistema institucional que le ha brindado un cimiento sólido y creíble que define su posición ante el mundo.

Nada de ello está dicho como un menosprecio de su modo de ser, pretende mostrar las líneas generales que definen el pensar del *ciudadano medio*. Éste se muestra perturbado ante temas que ofrezcan una versión alternativa que pueden presentárseles como anticapitalistas (o hasta comunistas), ateas, irreverentes, atentatorias contra el orden establecido. El problema es que algo de esto es verdad, pero no con la valoración que esa conciencia media hace de esos modos de pensar. Él puede ser consciente de que este mundo es inequitativo, que la justicia no parece ser la norma y que el poder se ejerce en beneficio de los más ricos. Pero todo ello es una *desviación moral* de un sistema deseable y aceptado, basado en la *libertad* como valor superior. Aunque él puede aceptar que siguen faltando las otras dos banderas de la Revolución democrática: la igualdad y la fraternidad, pero no está seguro de que sean posibles de obtener en esta vida.

Entonces debo recordarle que esta investigación se apoyó en dos columnas: el *capitalismo* como marco cultural de esta etapa del mundo y en la *felicidad humana* como meta deseable para todos los habitantes del planeta. Creo que he podido mostrar las inconsistencias de un planteo que incluya esa búsqueda dentro de un sistema que concentra la riqueza y que, por consiguiente, distribuye mal.

Afirmé antes: «¡hay que diseñar y promover otro tipo de desarrollo!» pero esto no deja de ser más que un buen deseo. Si le preguntamos a Aguado ¿cómo debe ser ese desarrollo? Nos contesta:

Pues un desarrollo poscapitalista, centrado en la felicidad de todos los seres humanos y en el respeto hacia la naturaleza (nuestro hogar al fin y al cabo). Es decir, un desarrollo más similar al que propone Bután que al que apunta el mundo occidental. No cabe duda de que esta propuesta es un referente a seguir en aras de dibujar otro tipo de sociedades y otro tipo de prioridades políticas. No cabe duda de que la iniciativa es muy interesante. Veremos si en los próximos años Bután logra sus objetivos o si, por el contrario, los empujes de la globalización neoliberal alcanzan sus fronteras y acaban por diluir su interesante cultura y cosmovisión de la vida en la peligrosa amalgama homogeneizadora del capitalismo.

Ante este camino que parece desembocar en un abismo, no hay en los tiempos cercanos alternativas viables. ¿Es esta una afirmación pesimista? Creo que no, pero siendo realista la afirmación anterior debe ser dada por válida, con la condición de que tomemos conciencia de que las soluciones exclusivamente estructurales así lo muestran. Si reconsideráramos los sabios consejos aristotélicos, debidamente actualizados y adaptados a un mundo finito, cada uno de nosotros debería comenzar a vivir dentro de la frugalidad, la moderación, la sobriedad que la finitud que la Tierra nos impone, dando cabida a la mayor parte de nuestros contemporáneos. Aparecerían entonces las dos banderas faltantes: trabajar por la *igualdad* privilegiando a los más necesitados, abriendo así el camino de la fraternidad (la otra bandera).

Descubriríamos que esa felicidad tan esquiva empieza a presentárenos como recompensa de una vida de servicio. Rabindranath Tagore¹⁵ (1861-1941) dijo poéticamente: «Dormía y soñaba que la vida era alegría, desperté y vi que la vida era servicio, serví y vi que el servicio era alegría». La felicidad que se nos presenta como inalcanzable en el mundo actual puede comenzar a formar en nuestro interior si nos convertimos en constructores de ese mundo que anhelamos.

Es posible que el *ciudadano de a pie* esperara algo más concreto, más tangible e inmediato. Es posible que lo haya decepcionado. Pero creo que la felicidad no se conquista prontamente y de una vez para siempre, es un largo camino que dura toda la vida. A la felicidad hay que merecerla y ello conlleva una prolongada preparación y un largo camino. Es posible y está al alcance de la mano de todos nosotros. Hay muchos obstáculos. Sin embargo en vencerlos radica parte de su logro.

¹⁵ Fue un poeta bengalí, filósofo convertido al hinduismo, artista, dramaturgo, músico, novelista y autor de canciones que fue premiado con el Premio Nobel de Literatura en 1913.